



ITALIANOS Y ESPAÑOLES EN EL RENACIMIENTO

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, noviembre de 1916.

Benedetto Croce—¿quién no conoce a este ilustre filósofo, no inferior a cualquier otro de los que hoy filosofan públicamente en el mundo?—Benedetto Croce, benemérito de la actual cultura italiana acaba de reunir en un volumen las investigaciones que llevó a cabo de 1892 a 1894 con el intento de escribir una amplia historia del influjo español en la Italia de la Edad Media y hasta terminar el siglo XVIII. La obra, publicación de la casa Laterza, de Bari, se llama «La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza».

Croce, que empezó su obra pública con trabajos de erudición literaria y de historia—sobre todo de su propia tierra napolitana—pasó luego a darnos una concepción total y unitaria de la vida y del universo, o mejor del espíritu, todo un sistema filosófico—el más amplio y a la vez el más lógico y coherente de los brotados de pensador hoy vivo— en sus tres obras: «Estética», «Lógica como ciencia del concepto puro» y «Filosofía de la práctica: economía y ética», a las que falta, para cerrarse y concluirse esta nueva presentación de los eternos problemas— que será a su vez arranque de nuevos desarrollos—una cuarta, anunciada como en preparación ya, la «Teoría e historia de la historiografía». Y así esta filosofía del espíritu—que es como la llama su autor—cuya más íntima inspiración procede en parte de fuentes italianas—de Vico y de De Sanctis sobre todo—pero en mayor parte acaso de Hegel, cuyo pensamiento arraigó y aun floreció y fructificó en Nápoles tanto como en otros suelos espirituales, se corona y termina con la teoría de la historiografía. Y es que para Croce, como para Hegel, todo se resume en el espíritu y la vida del espíritu, es decir, el espíritu mismo, es historia. Lo que se llamó filosofía de la historia fué la flor suprema del hegelianismo.

Croce representa, en cierto modo, un historicismo en contra del naturalismo de la segunda mitad del pasado siglo XIX, en contra de lo que se llamó positivismo y fué una especie de escolástica que operaba con pseudo-conceptos y que, en rigor, reducía las explicaciones a clasificaciones.

Mas no es esta ocasión de tratar de la filosofía de Croce, que tiempo habrá de ello, mayormente habida cuenta de que a medida que el tiempo pase, y sobre todo luego que se asiente el humo de la actual contienda de sangre y se acalle su gritería de pasión, irá reconociéndose todo lo que el pensamiento crociano significa y vale en la filosofía contemporánea. Hoy quisiera llamar la atención de mis lectores sobre esta obra en que Croce nos habla de la influencia de España en la vida italiana durante el Renacimiento y de la opinión, o más bien de las opiniones que respecto a los españoles tenían los italianos de aquellos tiem-

pos.

No sé si decir que Croce es un hispanófilo, pues tales se han puesto las cosas que ya no sé lo que se quiere decir con esas palabras de hispanófilo e hispanófobo. Que es un hispanista, y de los más eminentes y uno de los que mejor conocen la historia y la literatura españolas, aun en Italia, donde los hay tan enterados y bien informados de nuestras cosas de España, se puede afirmar. Y si por hispanófilo se entiende esto, uno que estudia y conoce, con el amor que todo estudio y todo conocimiento llevan consigo, el espíritu español tal como en la historia, las letras y las artes se revela, Croce es, con Eugenio Helo, con Arturo Farinelli, con Papini, con Savi-López, con tantos otros italianos de hoy, de los mejores y mayores hispanófilos que haya.

No es Croce, además, un abogado, quiero decir que no es un espíritu que vaya, a tiro hecho, a buscar argumentos para sostener y defender una tesis previa, un prejuicio, adoptado por el interés de la pasión. No se acerca a la historia como se acerca a ella un político, como a un arsenal de armas con que pelear por su partido. Aspira siempre a comprender, y a comprenderlo todo y a explicarlo con aquella explicación que lleva ya en sí un valor moral. La parte tercera de la «Lógica como ciencia del concepto puro» de nuestro autor trata de las formas de los errores y la investigación de esta verdad, y en ella es donde Croce establece aquella doctrina tan apacata cuanto terrible del origen práctico de los errores. Es lo que decimos al decir que pasión quita conocimiento. O lo desvía. Y esa pasión puede ser la de la pereza, productora de los más de los errores.

En la investigación histórica la causa capital de los errores proviene de estudiar las épocas pasadas a través de las pasiones y los intereses de nuestra propia época y de nuestro propio país. Y Croce, por su parte, ha procurado siempre mantenerse por encima del polvo y el humo de la contienda, «au dessus de la mêlée», que diría Romain Rolland. Cosa que no queremos, o no podemos hacer otros, metiéndonos de hoz y de coz en el torbellino de las pasiones colectivas y de las individuales.

Este nuevo libro de Croce consta de doce estudios o ensayos: I España e Italia en la Edad Media; II Los catala-



Italianos y españoles en el Renacimiento



nes y los italianos; III La corte española de Alfonso de Aragón en Nápoles; IV Españoles y cosas españolas en la corte de Fernando de Nápoles; V Los españoles en Roma y en otras partes de Italia a fines del siglo XV; VI La protesta de la cultura italiana contra la bárbarica invasión española; VII La sociedad galante italo-española en los primeros años del siglo XVI; VIII La lengua y la literatura española en Italia en la primera mitad del siglo XVI; IX Las ceremonias españolas en Italia; X El espíritu militar y la religiosidad española; XI Aspectos del dominio y de la población española en Italia; XII Conclusión: La decadencia hispano-italiana. Tal es el índice o catálogo del libro.

Ya estoy viendo que alguno de mis lectores españoles—alguno que otro, ¿eh? y no los más de ellos—de esos que se llaman españoles hispanófilos y no pasan de ser quisquillosos de un patriotismo receloso e incomprensivo, arruga el ceño y tuerce el gesto al leer lo de la protesta de la cultura italiana contra la bárbarica invasión española. Y, sin embargo, preciso es reconocer que casi toda la invasión de un pueblo en otro, es bárbara y lo es más cuando el pueblo que invade es menos culto, menos civil, menos comedido que el pueblo invadido. Y los pueblos todos que en el curso de los siglos han invadido las tierras de Italia han solido ser menos cultos, mucho menos cultos que era entonces, cuando le invadían su suelo, el pueblo italiano. Y en cuanto a los españoles ¿quién puede negar que nuestros abuelos del siglo XV, los que con el gran capitán Gonzalo de Córdoba, invadieron Italia, los de Cerriola y Garellano eran mucho menos cultos que los italianos de entonces? Como que fueron allá nuestros ingenios a aprender y no a enseñar. Italia fué la principal maestra de nuestros máximos ingenios, empezando por Cervantes que tanto y tan bueno aprendió de ella.

Los españoles que fueron a Italia, a Nápoles, con Alfonso de Aragón, fueron de aquellos rudos españoles, almogávares y otros, que luchando contra los moros y por arrojarlos de España y a la vez de Europa, no se habían refinado y pulido en las bellas artes de la paz y de la civilización. En el mismo entusiasmo de Alfonso de Aragón por los estudios había, como advierte Croce, algo de bárbarico y de provinciano. «¡Vayte, vayte a estudiar! gritaba a los jovencitos con quienes se encontraba». Y es que, en efecto, las almas ingenuamente bárbaras, rudas, incultas, acaban por sentir la fascinación de la cultura de que carecen. El que suelo llamar cientifismo, y sobre lo que soy tan machacón y pesado, es enfermedad de que ante todo adolecen los que menos saben de ciencia. Y hay que ver el supersticioso recogimiento con que ciertos espíritus rudos pronuncian la palabra cultura.

Los italianos de la época del Renacimiento, políticamente oprimidos y vejados, sin verdadera independencia, se reconocían, y con razón, superiores en cultura y en civilidad—«civiltà» phermosa palabra!—a los pueblos que los oprimían y vejaban. Llegaron a odiar

a todos los ultramontanos, los extranjeros, y todos a la par, españoles, tudescos, suizos, franceses, eran, como decía el Bervi, «enemigos de la sangre italiana», «Pero la extensión misma de este juicio—dice Croce—comproba cómo no tenía él nada de específico contra los españoles en cuanto españoles, en el fondo más soportables y realmente mejor soportados que los insolentes mujeriegos franceses, o más estimados que no los groseros y bárbaros tudescos; sino que expresaban el aborrecimiento genérico contra todos los agentes fiscales o militares opresores, fuesen forasteros o nacionales. España a lo más figuraba en primera línea porque según Pietro Nelli dijo con un juego de palabras era «la esponja» de aquella edad, la triunfadora, dominadora y explotadora». El juego de palabras que aquí se alude está en las «Sátiras» de Nelli, donde se dice: «O Spagna, spugna de la nostra etate».

Ya en el sentido primitivo helénico, en el etimológico, bárbaro quiere decir extranjero y apenas hay pueblo con algunas pretensiones de culto en la tierra que no considere bárbaros a los extranjeros todos. El recelo o el desprecio, a las veces el odio al extranjero, es de los pueblos todos, aun de los que se tienen por más hospitalarios. Y es muy humano también que cuando un pueblo domina a otro quiera hacerle sentir el peso de su prepotencia.

Mas no siempre la imputación de barbarie lleva consigo desprecio ni odio, y hasta se da casos en que implica una cierta admiración. «¡Qué bárbaro!» suele decirse en tono de alabanza. O bien «¡cosa bárbara!» ¿Y quién no ha oído hablar de la acción depuradora, por discutible que ello sea, de los bárbaros—los llamados por antonomasia «los bárbaros»—que invadieron el Imperio Romano? Y así el mismo Croce, al decirnos cómo se comprende que los representantes de la cultura italiana del Renacimiento desdeñasen una invasión que les parecía bárbarica y tratasen de reaccionar contra ella agrega que la tal invasión era realmente bárbarica «hasta en el buen significado de la palabra, en el significado que llamaríamos viquiano de «barbarie generosa». Porque Vico, en efecto, emprendió una entre poética y filosófica justificación de las épocas primitivas, de ingenuidad. Lo bárbaro se toca y hasta confunde con lo que podríamos llamar homérico. La cultura que refleja y expresa la Iliada es barbarie junto a la refinada civilidad de la Atenas de Pericles. Y un español en el siglo XVI, en Italia, tenía que parecer como un soldado de Agamemón, redivivo, habría parecido a los atenienses de la guerra del Peloponeso.

Que el concepto de bárbaros en que tenían a los españoles muchos de los italianos cultos del Renacimiento no era un concepto despectivo se deduce de no pocos testimonios documentales de la época. Alguna vez he dicho que en las épocas en que más se maldijo, y no sin razón, la prepotencia española—pues toda prepotencia así es maldita—no se despreció a España. El desprecio ha venido después, cuando España no era ya prepotente. Mas aún



Italianos y españoles en el Renacimiento 43



hoy en día el español será todo menos ridículo. En el ensayo que Croce dedica al espíritu militar y la religiosidad españoles cita aquellas palabras de Trajano Boccalini que tratando del soldado fanfarrón, el «miles gloriosus», que solía ser por entonces un español en las comedias italianas, decía que era «torpe desproporción haber introducido en las comedias, como matamoros al español, que no se envanece de lo que no ha hecho y no dice lo que quiere hacer, que niega o encubre los malos hechos y antes pone la mano que las amenazas de boca, llevando a cabo, a la callada, más hechos que palabras.» A lo que agrega muy acertadamente Croce: «personaje, en fin, más bien de tragedia que de comedia.» Y cita luego el mismo Croce otro texto, éste de Ferrucci, en su obra «Dell' arte rappresentativa» que, en el siglo XVII, decía: «cuando el capitán se hace en español es preciso hacerlo con decoro, hay que hacerlo con decoro porque esta nación, en todos respectos gloriosa, no sufre como sufren las otras, el que se burlean de ella.» Y no es esto sólo sino que en las épocas en que España mereció execraciones no mereció burlas. Estas han venido después.

Croce estima disparatado, «cervellotico», lo que han afirmado algunos escritores del odio y del desprecio que se hubieron de manifestar en Italia, durante la hegemonía de España, hacia el soldado español. El décimo de sus ensayos es muy instructivo a este respecto.

Que en el orden cultural, de las artes, las ciencias, la filosofía, la literatura los italianos se creyeron entonces superiores a los españoles, se cre-

yeron sus maestros, como éstos, los españoles, se creían a su vez inferiores a aquellos y sus discípulos, es muy otra cosa. Pese a los vanos esfuerzos de Menéndez y Pelayo no se ha podido demostrar que en épocas pasadas—¿para qué hablar de la actual?—se reconociera nunca primacía cultural en España. Sigue siendo una verdad histórica incontrovertible lo que escribió Carducci (en «Mosche cocchiere») diciendo: «En el concilio olímpico, donde se asientan Dante y Shakespeare, hasta España, que jamás tuvo hegemonía de pensamiento, tiene su Cervantes.»

Lo que ha pasado es que después, deshecho ya el poderío español, en plena decadencia de nuestra patria, se han formado nuevos juicios respecto a ella proyectándolos al pasado, y se ha visto éste al través de pasiones turbias modernas. La leyenda de la tiranía española, lo mismo en Europa que en sus colonias, ha nacido después. Y sobre todo no se ha tenido en cuenta que España no tuvo, en el grado al menos que otras naciones, dos medidas y que si trató mal a sus súbditos de fuera no trató mejor a los de dentro y que su desgobierno exterior fué el reflejo del interior. Hoy mismo no trata aquí peor a los que se quejan que a los que la defienden. Lo que hay es que los mejores son los que se quejan y lo son precisamente por querer, saber y poder quejarse.

Este libro de Croce de que aquí hablo se presta también a reflexiones sobre la decadencia española. Vamos a verlo.

MIGUEL DE UNAMUNO

